

ensanches estableciendo dieziocho centros cívicos, sea, otras tantas ciudades y se le juzga la capital más exquisita del mundo, teniendo una maravilla arquitectónica como palacio municipal.

El hecho de que en Alemania preponderase tanto el factor estético, en los problemas urbanos, no ha impedido que allí, el rápido ensanche de las ciudades condujera, como en todas partes, a tremendas especulaciones. En efecto, cerca de Berlín existen sobre 40 aldeanos millonarios, porque siendo propietarios de modestas granjas de campo, sobre ellas avanzó la poderosa civilización de la capital de Alemania, convirtiéndola su tierra en oro. Ese enorme incremento de valor social no trabajado por el terrateniente, dió base a que, en 1898, cuando Alemania estableció en China su colonia de Kiao-Chau, el gobierno se aprovechara de una parte de los beneficios implícitos en el mayor valor de la tierra, con la fundación y crecimiento de la nueva ciudad, creando un impuesto que se cobra cada vez que una propiedad es vendida, y sube, en proporción, hasta un 25 por 100 del aumento del valor en venta, con relación al precio de la venta última. Este impuesto sobre el valor social, lo establecieron después las ciudades de Sajonia, el año 1902, y pronto se extendió a 652 ciudades alemanas, inclusive Berlín; hasta que en Febrero de 1911, una Ley del Reichstadt lo estableció como impuesto nacional, para el gobierno del imperio, dejando a las ciudades percibir tan sólo una proporción del mismo. En los centros urbanos de rápido crecimiento y especialmente en las grandes ciudades, ese impuesto produce inmensos ingresos; pero son más grandes todavía las razones económicas y sociales que existen para que la comunidad concorra, en una justa proporción, a participar del provecho por ella ofrecido a determinados individuos, que no hicieron, para merecerlo, ningún trabajo especial. La aplicación de esos principios científicos, a la gobernación de las ciudades alemanas, permitió a éstas obtener legalmente muchos millones de pesos, aplicados, luego, al provecho general de los habitantes.

A pesar de la crisis tremenda producida por la última guerra, como ésta no produjo invasión del territorio alemán, quedaron intactas las ciudades y vigente su organización y su espíritu colectivo de progreso. La honda perturbación de sus industrias, necesariamente imprime cierta lentitud en el desarrollo cívico presente, pero el alto refinamiento de la vida pública local, sigue siendo una característica teutónica.

Compréndese así, que entre germanos surgieran los primeros maestros

de la nueva ciencia de las ciudades, tales como el profesor Reinhard Baumeister, de Karlsruhe; el Dr. Joseph Stubben, T. Goecke, el insigne Camille Sitte, de Viena; Theodor Hischer, Henrici, Gurlitt y muchos más. Baumeister es, sin duda, el primero que escribió científicamente en la época contemporánea sobre el desenvolvimiento de las ciudades, siendo su libro sobre urbanización, publicado en 1876, el tratado más completo hasta entonces conocido, una obra maestra que dió base a trabajos de engrandecimiento de muchas ciudades europeas⁽¹⁾. El Dr. Stubben ha sido creador de planes grandiosos, no sólo en Alemania, sino que también fué llamado, entre otros casos, a estudiar el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Gante, en Bélgica. Camille Sitte, en su admirable libro «Der Stadtebau», publicado en 1889, fué el definidor de los principios estéticos en la construcción de las ciudades modernas, iniciando una nueva era en ese orden de la actividad humana.

En general, la estética cívica, ha sido una preocupación dominante en el proceso científico municipal de Alemania. El profesor Gurlitt, ponderando el respeto a los monumentos antiguos, afirma que, cualquier cosa nueva, puede hacerse en pocos días, pero que se requieren cientos de años para producir algo viejo, y aunque el pueblo, durante siglos, tenga el buen sentido de respetar las estructuras antiguas, en cambio, para destruirlas, basta la necedad de un momento. Theodor Fischer, criticando la tendencia moderna de aislar las viejas catedrales que no tenían grandes plazas a su frente, dice que basta con que se vea la torre y brille sobre las casas un poco de la cúpula, porque, así, la iglesia, con sus cimientos invisibles, recuerda la Eterna Providencia, cuyas bases nadie ha podido conocerlas.

Pero el genio máximo de la concepción estética germana sobre las ciudades, fué Camille Sitte, y aunque a su obra monumental se le ha criticado por alguien, como extremadamente clásica, sus principios sentaron época y revolucionaron en Alemania y en otros muchos países, las ideas predominantes que él con tanta elevación de sentimiento combatía.

Sitte es un adorador del arte antiguo y de las ciudades medio-evales, saturadas de unción y de poesía. Hace una amarga crítica de la simetría vulgar, que suprime las desigualdades del terreno, de los caminos existentes, de los cursos de agua, etc. en la moderna extensión de la ciudad y alega que la geometría gruesa, la escuadra y el compás, son incompatibles con las delica-

dezas del arte. Dice que los planos modernos, son sólo un sistema de cuadros o de calles radiales, y que toda obra de esa clase, es técnica, pero no es obra de arte. Truena contra el engrandecimiento geométrico con cubos de casas, de que juzga nota avanzada algunas ciudades norteamericanas, y califica duramente lo que llama el «genius loci» del nuevo mundo. El sugirió el nuevo sistema de avenidas circulares y calles sinuosas, que es ya orientación universalizada.

Considera que las alamedas rectas con líneas interminables de árboles a derecha e izquierda, ofrecen el más completo divorcio de la gran naturaleza, que en sus creaciones espontáneas, jamás nos muestra árboles alineados, sino bosques frondosos de soberano desorden aparente, pero con un grandioso conjunto de belleza. Llama la atención sobre que los monumentos artísticos no deben estar nunca en medio de las plazas, sino en sus costados, por exigencias claras de sentido estético. La estatua gigantesca de David, hecha en mármol, por Miguel Angel, que la emplazó en una esquina del Palacio Viejo de Florencia, fué trasladada a una inmensa sala del Museo de la Academia, bajo una gran cúpula de cristal, sirviendo de modelo para historiadores y críticos. Pero se necesita ahora—dice Sitte—una preparación especial del espíritu, para resistir las influencias mórbidas de esa prisión del arte que llaman museo y para poder gozar de la obra imponente, achicada, así, en sus proporciones, que en cambio resultaban grandiosas cuando podía destacar sus formas tras un respaldo artísticamente discurrido por su gentil autor. Los egipcios ponían sus obeliscos y sus estatuas siempre al costado de sus templos, y lo mismo se observa en el emplazamiento de las más soberbias iglesias medio-evales. Vitrubio, tratando del «forum» romano, dice que allí los monumentos se ponían siempre en los costados, pero nunca en medio de las plazas, que estaban reservadas a la circulación. Y lo mismo en la «agora» griega.

Recomendando Camille Sitte el noble ejemplo del arte clásico, dice que las antiguas ciudades italianas y helénicas, tienen un don del cielo, porque están hechas a imagen de la bella naturaleza, aumentando con esto su influencia dulce e irresistible, sobre el alma de los hombres. «Quien desee convencerse de esta verdad—dice Sitte—que pase por las ruinas de Pompeya, y dirigiendo sus pasos a través del foro desnudo, subirá por una escalinata monumental, hacia la terraza del templo de Júpiter. Allí, dominando la plaza entera, sentirá que suben fluidos de armonía, como los sonos puros y plenos de una música sublime. Bajo

(1) Stad Erweiterungen. Karlsruhe.